

DE MONTAÑAS Y LLANOS

Venezuela, como lo sabemos todos, es nuestro país. Un país indudablemente extenso: se extiende desde los Andes hasta la desembocadura del Orinoco y desde la Capital de la República hasta la Guayana. Unos cuantos kilómetros cuadrados. Nada más, pero nada menos. Sólo que este país, ahí donde lo vemos todos los días, tanto en el mapa como en la vida real, son, en verdad, dos países distintos. Uno son nuestros Andes y otro son nuestros Llanos. Dos entidades geográficas que viven juntas pero que son, con toda verdad, radicalmente distintas. Porque una cosa es la montaña y otra cosa es la llanura.

¿A qué se debe, nos preguntamos, tan señalada diferencia? Pues se debe, tal como está a la vista, a dos elementos distintos que podemos llamarlos, más bien, irreconciliables. Nos imponen, pues, una aclaratoria indispensable y definitiva.

Los Andes, que son afortunadamente nuestra montaña, saltan a la vista del más desprevenido. Son tan voluminosos y tan altos que atemorizan al forastero. O, dicho de otro modo no menos válido: son tan hondos que imponen miedo al que los contempla por primera vez. Los Andes nos demuestran, impasiblemente y siempre, que toda altura es, al mismo tiempo, hondura. Todo esto se dice pronto. Lo que no se dice tan pronto es otra cosa. El ambiente montañoso resulta siempre imponente a tiempo completo. Y lo que primero impone, aunque parezca raro, es silencio. Este silencio conduce a la meditación. El montañés calla porque piensa. Ya esta, sin duda, es una de sus virtudes caracterizadoras. Y se le suele cuajar en la intimidad y belleza de su música y de sus canciones.

Los Llanos son, a diferencia de los Andes, absolutamente otra cosa geográfica y humana. Son, característicamente, tierra plana: solamente superficie. Como carecen de altura, carecen de hondura a la vez.

Y estas dos carencias, ante la observación más elemental, definen la personalidad del habitante. El llanero, porque nació en la llanura y se formó en la llanura para toda la vida, carece del sentido de la altura y de la profundidad. Pasa por la vida, sin la menor duda posible, de la misma manera superficial, con que pasa por su suelo abierto en todas direcciones. Como el ambiente carece de profundidades, él carece de profundidades también. La cosa parece un chiste, pero es una especie de tragedia. De esta tragedia no se percata el llanero porque le es constitutiva: nació en ella, vive de ella y muere con ella. Si lo recordamos, lo topamos en el joropo, que nos lo representa a cabalidad. El joropo es música porque suena, pero este sonido carece tanto de espíritu, que resulta tan anodino como su ambiente. El espíritu del llanero no supera la frivolidad típica del joropo, que es, predominantemente un conato de arte.